

CAPÍTULO III

LA RELACIÓN ENTRE RELIGIÓN Y CULTURA

La religión es la ineludible relación de pacto entre Dios como Señor y el portador de su imagen, el hombre. Esta relación resulta de aquella otra relación básica entre Creador y criatura, y descansa sobre la fidelidad de Dios al pacto el cual ordenó para constituir la relación religiosa. Esta relación se extiende a toda la vida; lo penetra todo; irradia desde su centro en el corazón hacia toda área de la periferia de la existencia del hombre. Y la religión es un fenómeno universal; nunca se ha encontrado jamás un pueblo sin religión.¹ Por medio del pecado el hombre se alejó de Dios y su religión se tornó apóstata, pero a través de Cristo el hombre es restaurado a la verdadera religión.

Por lo tanto, es más correcto preguntar cuál es el rol de la cultura en la religión que hacer la pregunta totalmente al revés, cómo lo hace Hutchison, “¿Cuál es el rol de la religión en la cultura?”² Pues el hombre, en

lo más profundo de su ser, es religioso; él está determinado por su relación para con Dios. La religión, para parafrasear la frase expresiva del poeta, no es una cosa aparte de la vida, es toda la existencia del hombre. En realidad Hutchison llega a la misma conclusión cuando dice, “Pues la religión no es un aspecto o departamento de la vida al lado de las otras, como el moderno pensamiento secular gusta de creer; consiste más bien en la orientación de toda la vida humana a lo absoluto” (*Ibid.*, p. 211). Tillich ha captado la idea en una línea incisiva, “La religión es la sustancia de la cultura y la cultura, la forma de la religión.”³

El Catecismo Menor de Westminster sostiene al inicio que el fin principal del hombre es glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre. Sin embargo, a pesar de cuán de otro mundo esto podría sonarle a algunos, los Presbiterianos han interpretado esto bíblicamente como queriendo decir que el hombre ha de servir a Dios en su llamado diario, lo cual es el contenido de la religión. Este servicio no puede ser expre-

1. William Howells, *Los Paganos – El Hombre Primitivo y Sus Religiones* (Garden City, N. Y., 1948), p. 11.

2. John A. Hutchison, *Fe, Razón y Existencia* (New York, 1956), p. 210.

3. Paul Tillich, *La Era Protestante* (Chicago, 1948), p. 57.

sado excepto a través de la actividad cultural del hombre, la cual expresa su fe religiosa. Ahora, la fe es la función del corazón, y del corazón manan los asuntos vitales de la vida (Prov. 4:23). Este es el primer principio de una psicología bíblicamente orientada.

Ningún hombre puede escapar de esta determinación religiosa de su vida, puesto que Dios es el *hecho* ineludible, siempre presente, de la existencia del hombre. Dios puede ser amado u odiado, adorado o degradado, pero no puede ser ignorado. El sentido de Dios (*sensus deitatis*) es aún la semilla de la religión (*semen religionis*). El todo de las religiones primitivas es una corroboración del clamor del Salmista, “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?” (Salmo 139:7).

Desde el punto de vista secularista, el interés religioso del hombre, aunque se concede que es importante, es meramente uno de los intereses en la vida. Por lo tanto, desde este punto de vista, es arbitrario definir al hombre en términos de esta relación. Pues, aunque el hombre está innegablemente interesado en Dios (la esfera de lo sobrenatural), también está relacionado con la naturaleza y con el mundo total del espíritu. La respuesta a esta perspectiva es que el hombre en todas sus otras relaciones está engranado dentro del cosmos; para usar la reveladora frase de Salomón, el hombre está ocupado en su cultura *debajo del sol* (Ecl. 1:4). Pero la relación del hombre con Dios, según la Escritura, es transcósmica y supra-temporal. Pues Dios no es solamente inmanente al mundo, Él también trasciende a la creación y al tiempo, dándole al hombre la promesa de compañerismo con él por la eternidad. La relación

religiosa no es terminada por la muerte, como en la relación marital, en la que los cónyuges prometen su fidelidad “hasta que la muerte nos separe.” En su presencia hay plenitud de gozo; esta es la bendita promesa del Cristianismo. Mientras que la muerte pone fin a todas nuestras obras y relaciones *debajo el sol*, es al mismo tiempo la transición hacia el estado de comunión realizada del cual David testifica, “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza.” (Sal. 17:15), “Y en la casa de Jehová moraré por largos días.” (Sal. 23:6). Pablo testifica que para él el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. (Fil. 1:21).

Claro, es bastante cierto que uno puede abstraer un aspecto del hombre como un *Gegenstand* (objeto) para propósitos científicos y hablar de las funciones biológicas, psicológicas, sociales, históricas, jurídicas, económicas, estéticas, morales o písticas (del Griego *pistis* – fe) del hombre. Sin embargo, ninguna de éstas define apropiadamente al hombre. Él es más que cualquiera de ellas y más que todas ellas combinadas, pues por debajo y dentro de estos aspectos está el principio de unidad que integra todo el ser como personal. Ese núcleo del ser del hombre, ese centro irreducible, ese punto de concentración de todas las funciones del hombre, el cual trasciende el tiempo, es llamado el “corazón” según la Escritura (Prov. 4:23; 23:26). El corazón, en esta usanza bíblica, es la raíz religiosa de la existencia del hombre, es la plenitud de la personalidad de uno. El pensar es meramente una de las muchas expresiones de la naturaleza humana; es uno de los asuntos de la vida, de los que la Escritura dice que manan del corazón; de allí que el corazón ha de ser guardado por

encima de todas las cosas que han de guardarse. El Dr. Kuyper llama al corazón la raíz mística de nuestra existencia, aquel punto de conciencia en el que la vida permanece aún de una pieza.⁴

El testimonio de la Escritura sobre este punto es abundante. Cuando el Señor, a través del profeta Joel, llama a su pueblo al arrepentimiento, él dice, “Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios” (2:13); cuando David ora por la renovación de todo su ser, para que sea removida la grave herida del pecado, él clama en angustia de alma, “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí.” (Sal. 51:10). En el Nuevo Testamento, cuando nuestro Señor quiso indicar la plenitud de la corrupción del hombre, les dice a sus discípulos que los males de la fornicación, el asesinato, robos, etc., salen del corazón (Mar. 7:20-23). Pablo nos asegura que un hombre cree con el corazón para justicia (Rom. 10:10). El escritor de la carta a los Hebreos nos advierte contra el mal de la apostasía, el cual es, una vez más, un problema del corazón, “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo.” (Heb. 3:12). Se puede dar por sentado, sin mucha argumentación, que la Biblia usa el corazón de muchas maneras,

4. K. J. Popma, “Het Uitgangspunt van de Wijsbegeerte der Wetsidee” en *De Reformatie in Het Calvinistisch Denken* (S’Gravenhage, 1939), p. 21; J. M. Spier, *Una Introducción a la Filosofía Cristiana* (Filadelfia, 1954), pp. 54, 55; F. H. Van Meyenfeldt, *Het Hart (Leb, Lebab) In Het Oude Testament* (Con Sumario en Inglés-Leiden, 1950). La disertación completa trata con el significado del término “Corazón” en la Escritura.

pero el punto de esta discusión es que cuando la Escritura habla con respecto a la relación religiosa básica del hombre con Dios, tanto en el pecado como en la salvación, enfatiza que la unidad no dividida, el centro de la existencia del hombre, puede hallarse solamente en su corazón.

Puesto que la religión está enraizada en el corazón, es por lo tanto totalitaria por naturaleza. No es tanto que lleve la cultura a su consumación sino que da a la cultura su fundamento, y sirve como la presuposición de toda cultura. Aún cuando la fe y su raíz religiosa sean abiertamente negadas, sin embargo se encuentra tácitamente operativas como en el Comunismo ateo. Nunca se ha encontrado una cultura verdaderamente secular y es dudoso que el Materialismo Americano pueda ser llamado secular. Incluso el Comunismo, como el Nazismo, tiene sus dioses y demonios, su pecado y salvación, sus sacerdotes y sus liturgias, su paraíso en la sociedad sin estado del futuro. Pues la fe religiosa siempre trasciende la cultura y es el principio y poder integrador del esfuerzo cultural del hombre. Kroner enfatiza el lado subjetivo de la religión cuando dice, “Puesto que la fe es el poder último y todo abarcador en el alma humana, nada en absoluto puede permanecer ileso a su contacto. El todo de la personalidad es, por así decir, informado por la fe de uno.”⁵ Por lo tanto, la religión tiene el poder de integrar la cultura del hombre a través de su fe, porque se levanta por encima de toda cultura, no siendo parte de la cultura como tal, sino la experiencia mística de percibir a Dios en la relación del pacto.⁶

5. Richard Kroner, *Cultura y Fe* (Chicago, 1951), pp. 209, 210.

Entonces, la religión ha de ser distinguida de la cultura, pero no separada de ella. Es así también con el culto, en el que las aspiraciones religiosas del hombre se expresan en actos de adoración, oración y alabanza. La cultura y el culto son dos corrientes que proceden de la experiencia religiosa del hombre; juntas constituyen su actividad debajo del sol. La designación común de nuestros actos de devoción es llamada adoración, pero los antropólogos usualmente emplean el término más técnico, "culto." Para propósitos de paralelismo y simetría se emplea aquí el término como la contraparte de cultura. Nuestros Padres Reformados, quienes emplearon el Latín, convirtieron en su slogan la frase, *ora et labora* (ora y trabaja), mientras que nosotros usualmente hablamos de adoración y trabajo, para dividir las actividades de la vida. El domingo es apartado para la adoración, tanto individual como colectivamente; pero "¡en seis días trabajarás y harás toda tu obra!" Los Liberales del pasado profirieron bastantes disparates superficiales cuando, sobre la base de la idea de Carlyle, "el trabajo es adoración," concluyeron en que la adoración es superflua en la verdadera religión, que era simplemente una imposición del legalismo sacerdotal. Claro, nadie negaría que la manera en que uno trabaja revela su religión, quizás más verdaderamente que la manera en que habla sobre ella. Pero la Escritura no da pie a la idea de que la adoración no sea agradable al Señor. Está de más citar la Biblia sobre ese punto. Recuerde el lector los Salmos de David, las devociones de Jesús y sus apóstoles, y por último, la adoración de los redimidos en el

cielo. Decir que Dios, el Señor, no demanda adoración de parte de sus criaturas, sino solamente servicio es del todo contrario a las Escrituras y al espíritu de la religión. Entonces, la religión tiene en realidad estos dos aspectos no en exclusión mutua en tanto que uno bien puede orar y cantar mientras trabaja con sus manos. Sin embargo, hay dos actividades distinguibles enraizadas en la religión: el culto y la cultura, la adoración y el trabajo, *ora et labora*, aspiración y transpiración. Y no solamente nuestra aspiración ha de estar bajo la inspiración del Espíritu, sino también nuestra transpiración; cada onza de energía gastada, ya sea física o mental, debe ser en el servicio de Dios, y por tanto, inspirada. Esta es la esencia de la verdadera religión; la fe debe informar a todo el ser de uno. Restringir la adoración ya sea a actos de adoración, o a hechos de servicio, es separar lo que Dios ha unido; pues Dios, el Señor, demanda ambas: adoración y trabajo; la religión consiste de culto y cultura.

La relación religiosa, que es trans-cós-mica y trasciende así el tiempo, mientras incluye toda la existencia histórica del hombre, se halla más allá del análisis lógico. Es la presuposición fundamental de todo el razonamiento del hombre, pero se halla, en sí misma, más allá de la comprensión lógica puesto que nuestra existencia en el pacto con Dios es insondable como tal y es un asunto del ser, no de función. Por lo tanto, el fundamento religioso de la vida hace posible la filosofía y no es, en sí mismo, una cuestión filosófica, pues se halla más allá de la frontera de la investigación filosófica. Es solamente en su religión, por medio de la fe, que el hombre se conoce a sí mismo y a su llamado en relación con Dios. La autoconciencia presupone la conciencia de

6. Cf. el capítulo once para una discusión más amplia sobre el rol de la fe en la cultura.

Dios.

La religión apóstata es el resultado del temor (ansiedad), el que caracteriza la vida del hombre apóstata. Esto se ve claramente en el caso de Caín después que hubo asesinado a su hermano Abel. La humanidad apóstata, con su pseudo-religión, trata de desviar el mal y salvaguardar la vida por medio de muchas ceremonias sagradas. De esta forma, todo el ámbito de lo sagrado llega a ser funcional y es traído bajo la categoría de lo relativo al culto, bajo la jurisdicción sacerdotal. De esta forma, se eclipsa la distinción entre religión y cultura, puesto que toda actividad de la vida asume proporciones y significado cultural.⁷ De allí la presencia del médico brujo, y las supersticiosas ceremonias de un Católico contemporáneo realizando un cierto ritual para bendecir el nuevo Hotel Riviera de doce millones de dólares (en La Habana, Cuba) en su noche de inauguración, con un centenar de visitantes, quienes han sido identificados por la policía como conocidos gánsteres y apostadores, procedentes de grandes ciudades Americanas.⁸

Puesto que la iglesia, o alguna forma de religión organizada, usualmente está a cargo de todas las prácticas cúlticas, el resultado calamitoso en la historia ha sido que la vida completa queda bajo la tutela jerárquica. Cuando, en la providencia de Dios, el Evangelio es predicado en una cultura primitiva en la que predomina este totalitarismo cultural, es aún más difícil liberar a tal cultura de las influencias sacerdo-

tales y enseñar la distinción entre la relación espiritual la cual es la verdadera religión y la práctica cultural, la cual es una manifestación externa de la religión. La iglesia medieval ejerció tal control sobre la vida completa de sus miembros a través del sacerdocio, y le correspondió a la Reforma Protestante quebrar el dominio completo de la jerarquía en el mundo Occidental.

Por otro lado, el peligro del secularismo, la negación de que la religión es significativa para la vida total, separando ciertas áreas a las cuales la religión no tiene acceso, es igualmente falso y nocivo. Constituye una amenaza a la cultura moderna y es esencialmente una religión falsa. Este es el defecto de aquellos que rasgan la toda sagrada de la vida dividiéndola en sagrada y profana, y luego proceden a excluir a Dios y sus demandas de la última división. Este es el pecado de Esaú, de quién leemos que era una persona profana (Heb. 12:16), puesto que vendió su primogenitura por una porción de sopa; no consideró a Dios en todos sus caminos. El Calvinismo siempre ha sostenido que Dios tiene el derecho sobre todo el ser del hombre. La religión, para el Calvinista, es una empresa radical puesto que controla la raíz de la existencia del hombre y desde allí satura todo su mundo funcional. La religión como tal es pre-funcional, y el culto del hombre no es sino una función de aquella religión, bajo la administración de la iglesia.

El carácter radical y totalitario de la religión es tal, que determina tanto el culto como la cultura del hombre. Es decir, la relación consciente o inconsciente con Dios en el corazón del hombre determina sus actividades completas, sean estas teóricas o prácticas. Esto es cierto con respecto a la filosofía, la cual se basa en una

7. K. J. Popma, *Inleiding in de Wijsbegeerte* (Kampen, 1956), p. 96.

8. Citado del *Washington Star* (Dic. 11, 1957) en *Christian Heritage* (Abril, 1958).

presuposición religiosa no teórica. Así, la moralidad y el aspecto económico del hombre, su jurisprudencia y estética, son todas orientadas y determinadas religiosamente. Esta es la razón por la cual la apostasía produce, no solo una falsa religión, sino también una falsa cultura, es decir, una cultura que no busca a Dios ni le sirve como el bien más alto. Esta cultura apóstata tuvo su florecimiento en los días de los hijos de Lamec, quienes inventaron instrumentos musicales, tiendas móviles e instrumentos de guerra. Escuche la canción de combate de la cultura apóstata, el hombre glorificándose a sí mismo y buscando su propia gratificación y venganza (Gén. 4:16-24). Este espíritu también motivó a los constructores de la torre de Babel, cuando los hombres rehusaron cumplir el mandato cultural de propagar la raza y sojuzgar la tierra. Esta cultura apóstata alcanzó su apoteosis en los tiempos antiguos con Nabucodonosor, quien orgullosamente hizo alarde con la magnífica Babilonia que había edificado y desafió al Dios del cielo. Por esto fue arrojado de su alta posición para aprender humildad, alimentándose de hierba con los animales por siete largos años hasta que aprendió a bendecir al Altísimo, y a alabar y honrar al que vive para siempre, hasta reconocer que “todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia.” (Dan. 4:37).

No puede haber duda que el antagonismo histórico del Cristianismo con la cultura pagana fue debido, en gran medida, por el carácter apóstata de esta última. Los Cristianos no solo rechazaron la idolatría con sus prácticas cúllicas, sino que también los Cristianos rechazaron el teatro, el servicio militar (debido al impacto de la religión apóstata que requería la adoración al emperador) y muchas prácticas sociales que eran pecaminosas. Los creyentes no solo se opusieron a la adoración de Venus y Baco como

idolatría, sino también a la acompañante promiscuidad sexual, la fornicación, la juerga y la borrachera. Rechazaron todos los deportes populares de la arena, evidencia de la decadente cultura Romana. Sorprende poco que la cultura erótica del paganismo, en la cual la prostitución y la homosexualidad eran representadas con encanto por poetas y filósofos (*cf.* Ovidio, Platón), fue identificada con el paganismo mismo. La preocupación pagana con el ritual cultural había contaminado también ciertas formas y costumbres culturales, de manera que los Cristianos se abstendían completamente, como en la carne sacrificada a los ídolos. Incluso A. Kuyper, aquel genial partidario de la cultura, admite, “De manera que, en tanto que la batalla con el Paganismo siguiera siendo una batalla de vida o muerte, la relación del Cristianismo con el arte no podía ser sino una batalla hostil.”⁹

Sin embargo, existe una tensión con la cultura no-Cristiana, no solo sobre la base de su decadencia y degradación moral, sino también en sus más exaltadas expresiones, como en ciertas formas de arte, donde el sujeto es cautivado y gradualmente separado del dominio de Cristo a alguna forma de esteticismo. Aunque la Biblia llama al hombre un rebelde en su estado de apostasía, esta rebelión puede ser camuflada en formas elevadas, pensamiento profundo, el éxtasis artístico o alguna proyección idealista de la mente. T. S. Eliot sostiene que la diferencia entre una sociedad neutral y una sociedad pagana es de menor importancia puesto que ambas niegan al Cristianismo.¹⁰

9. *Calvinismo* (Grand Rapids, 1943), p. 157.

10. *La Idea de una Sociedad Cristiana* (New York, 1940), pp. 4, 5.

Sin embargo, la negativa neutral científica de un Liberalismo estéril que propone medicina de curanderos para la sanidad de las naciones no hace juego con el estridente paganismo de nuestro día. El problema de vivir una vida Cristiana en una sociedad no-Cristiana es crítico, puesto que la mayoría de nuestras instituciones sociales son no-Cristianas, advirtiendo además que se hallan en manos paganas. La familia permanece como el único transmisor confiable de la cultura Cristiana (*Ibid.*, pp. 20, 22). Eliot le pega al punto cuando dice, “No importa cuán intolerante pueda sonar el anuncio, el Cristiano no puede satisfacerse con nada menos que una organización Cristiana de la sociedad... lo cual no equivale a una sociedad que consista exclusivamente de Cristianos devotos” (*Ibid.*, p. 33). Pero los Cristianos deberían insistir en un código social religioso unificado de conducta y la educación sería Cristiana en el sentido que “tiene como propósito el ser dirigida por una filosofía Cristiana de la vida” (*Ibid.*, p. 37).

Entonces, este es el problema para el pueblo de Dios en nuestro día. Toda religión pagana tiene su propia expresión cultural; el Cristianismo medieval desarrolló su propia cultura, aunque controlada por la iglesia bajo la tutela sacerdotal. Desde el advenimiento del pensamiento de Copérnico, del Darwinismo y las revoluciones Kantianas, el Humanismo ha introducido un nuevo paganismo, de manera que el Cristianismo ya no controla los medios de la cultura, y no es más el poder motivador en el impulso cultural de Occidente. Hoy Occidente enfrenta una crisis cultural de primera magnitud. Y los dioses que los hombres han hecho para sí mismos (como

los ídolos de Micaía en Jueces 17 – 18) han fracasado, ¿y qué más es lo que queda? Este es el clamor trágico no solo de los filósofos, poetas y dramaturgos Existencialistas, sino también del hombre común de nuestros días.

Ciertamente es locura que el pueblo de Dios piense que puede vivir en dos mundos separados, uno para su vida religiosa y sus ejercicios devocionales, y el otro usurpando todo el resto del tiempo, la energía y el dinero – un área a la que aspiran los sacerdotes del Secularismo. Uno no puede mantenerse evangelizando al mundo sin interferir con la cultura del mundo. Por lo tanto, le corresponde al pueblo de Dios el batallar por una “condición de la sociedad que nos de el máximo de oportunidades para llevar *vidas totalmente Cristianas* [itálicas añadidas] y el máximo de oportunidades para que otros se vuelvan Cristianos” (*Ibid.*, p. 97). Dividir la vida en áreas sagrada y secular, dejando que nuestras devociones se hagan cargo de la primera mientras nos volvemos reformadores seculares durante la semana, es fallar en entender el verdadero fin del hombre.

Aquellos que notan el gran peligro de una religión diluida en la apariencia externa de una sociedad Cristiana señalan un punto crítico. Tal sociedad constituye un obstáculo a la conversión, como más de un predicador puede testificar, “tendiendo así a inmunizar a los hombres con una forma ligera de religiosidad Cristiana, otorgándoles inmunidad contra la gran infección.”¹¹ El si un Cristianismo difuso es una desventaja o una ventaja es, en verdad, un

11. John Baillie, *Qué es una Civilización Cristiana* (Londres, 1948), p. 37.

punto discutible.

En consecuencia, están aquellos que se vuelven a alguna forma de separatismo Anabaptista, con las palabras de Pablo como slogan, “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor” (II Cor. 6:17), mientras otros sostienen que el concepto de una cultura Cristiana ha sido siempre una trampa y una ilusión, un sueño irrealizable bajo condiciones terrestres. Los Barthianos han repudiado especialmente la idea de una cultura Cristiana en nuestro día. Para ellos no hay una forma social, política y económica que esté más en el espíritu del Evangelio que otra (*Op. cit.*, p. 86). Barth mismo se ha mofado de la idea de un partido político Cristiano o sindicatos Cristianos.¹² Sin embargo, la miseria de esta escatología parcial de Barth, aparte de cualquier crítica teológica adversa que uno pudiera tener, es que no deja espacio para que el poder de la gracia cambie a los hombres y a la sociedad aquí y ahora. Para Barth no es el hombre como pecador quien yace bajo el juicio de Dios, sino el hombre como “criatura”, con toda su cultura, es quien se encuentra bajo juicio. Esta falsa

antítesis entre Dios y el hombre, entre la eternidad y el tiempo, no es escritural sino que pertenece al marco de referencia existencialista de Kierkegaard.

Para concluir, religión y cultura son inseparables. Toda cultura es animada por la religión. Una religión restringida al claustro de oración es, a la luz de la definición anterior, una monstruosidad e históricamente ha probado ser infructuosa. La verdadera religión cubre todo el rango de la existencia del hombre. La relación pactal básica en la cual el hombre permanece para con Dios llega a expresarse tanto en su culto como en su cultura. De allí que la cultura nunca sea algo casual, el color añadido como en el caso de las naranjas y la oleomargarina, para satisfacer al ojo. La sugerencia de Kroner que la historia de la caída pertenece a una categoría igual a la de Prometeo, quien robó el fuego divino y comenzó así los logros culturales del hombre, por lo cual fue castigado, es errónea. Esto haría de los esfuerzos culturales del hombre una adición dudosa a la intención divina (*Op. cit.*, p. 67). Esta es, con seguridad, una mala interpretación flagrante de la narrativa bíblica, la cual presenta al hombre como criatura y como colaborador con Dios para cumplir su voluntad creativa desde el principio. El primer pecado del hombre consistió en un acto de deslealtad al aceptar la interpretación de Satanás con respecto al cosmos y al lugar del hombre en él, en lugar de vivir por la palabra de revelación de Dios. Kroner está en lo correcto al sostener que el hombre nunca recobra el paraíso por sus propios esfuerzos, pero está con toda certeza errado al sostener que se le debe echar la culpa a la cultura como tal por el fiasco trágico del hombre. En el análisis final Kroner no puede alcanzar una inte-

12. El autor participó de una mesa redonda en una conferencia de estudiantes en Ámsterdam en 1939, junto con otros de la Universidad Libre y de la Universidad de la Ciudad, en la cual Barth expresó sus opiniones relativas a los esfuerzos culturales Cristianos. Véase Brunner, *El Imperativo Divino* (Filadelfia, 1947), p. 432ss. También K. Barth, *Der Christ in der Gesellschaft* (München, 1920), S. 36, y la obra de Barth, *Römerbrief*, 2 Aufl. S. XIII, “Christentum das nicht ganz und gar und restlos Eschatologie ist, hat mit Christus ganz und gar und restlos nicht zu tun.” ¡Esta es la más radical forma de doctrina Anabaptista que la iglesia contemporánea ha visto!

gración de cultura y fe porque mira la antítesis entre Dios y Satanás como una tensión inmanente en la “creación” desde el principio (*Ibid.*, p. 255). Esto no es solo teológicamente censurable, puesto que cambia la reconciliación de una transacción ética centrada en la expiación vicaria de Cristo en el Calvario a una de carácter ontológico (aquello que está relacionado con el ser), trastocando de ese modo el mensaje central del Evangelio a la “encarnación.”¹³ Pero sobre esta base, no es posible ninguna cultura Cristiana, puesto que entonces todas las obras del hombre están bajo el juicio de Dios sobre la base de su condición de ser criatura. Sin embargo, en Cristo el hombre es restaurado para con Dios como criatura cultural para servir a su Hacedor en el mundo y como gobernante sobre el mundo en nombre de Dios.

13. He puesto las palabras “creación” y “encarnación” entre comillas en esta última sección para indicar que ni Barth ni Kroner las usan en su sentido Cristiano histórico aceptado.